

EL ROJO, EL FUEGO, LA SANGRE, EL AMOR Y EL INFIERNO

Michel Pastoureau

Con él no caben matices. A diferencia del timorato azul, el rojo es un color orgulloso, lleno de ambiciones y sediento de poder, un color que quiere dejarse ver y que está decidido a imponerse a todos los demás. Pese a tanta insolencia, su pasado no fue siempre glorioso. Hay una cara oculta del rojo, un mal rojo (como también se habla de «mala sangre») que ha causado estragos a lo largo de los tiempos, una herencia aviesa cargada de violencia y de furia, de crímenes y pecados. Desconfiad del rojo: este color esconde su duplicidad. Es fascinante y candente como las llamas de Satanás.

Si hay un color que merece llamarse así; ¡ese es el *rojo*! Podría decirse que el *rojo* representa por sí solo a todos los demás colores; que él es el color.

¡Hablar de color *rojo* es casi un pleonasma, es verdad! Además, algunas palabras, como *coloratus* en latín o *colorado*, en español, significan a la vez *rojo* y *coloreado*. En ruso, *krasnoi* quiere decir *rojo*,

pero también *bello*, hermoso (etimológicamente, la **Plaza Roja** es la **Plaza Hermosa**).

En el sistema cromático de la Antigüedad, que giraba en torno a tres polos, el *blanco* representaba lo incoloro, el *negro* era grosso modo lo sucio, y el *rojo*, el color; el único digno de ese nombre. La supremacía del *rojo* se impuso en todo Occidente.

ES SIMPLEMENTE PORQUE ATRAE LA MIRADA, ¿PUESTO QUE EN LA NATURALEZA APENAS ESTÁ PRESENTE?

Evidentemente, hemos destacado lo que rompa más con el entorno. Pero existe otra razón y es que muy pronto se consiguieron dominar los pigmentos *rojos* y se utilizaron en pintura y en tintes. Treinta y cinco mil años antes del nacimiento de **Cristo**, el arte paleolítico utilizaba el *rojo*, obtenido sobre todo a partir de la tierra *ocre-roja*: lo vemos en el bestiario de la gruta de **Chauvet**. En el **Neolítico**, se explotó la *granza*. Esta hierba posee raíces tintóreas y está presente bajo los climas más diversos. Luego, se utilizaron ciertos metales como el *óxido de hierro* o el *sulfuro de mercurio*... La química del *rojo* apareció, como vemos, muy pronto, y fue muy eficaz. De ahí el éxito de este color.



IMAGINO ENTONCES QUE, A DIFERENCIA DEL AZUL, EL ROJO TUVO UN PASADO MÁS GLORIOSO

Ya en la Antigüedad era un color admirado y se le confiaban los atributos del poder, es decir, los de la religión y de la guerra. El dios **Marte**, los centuriones romanos, algunos sacerdotes... todos vestían de *rojo*. Este color se impuso porque remitía a dos elementos, omnipresentes en toda su historia: el *fuego* y la *sangre*.

Podemos considerarlos tanto positiva como negativamente, lo cual nos da cuatro polos en torno a los cuales el cristianismo primitivo formalizó una simbología tan fuerte que todavía perdura en nuestros días. El *rojo fuego* es la vida, el **Espíritu Santo de Pentecostés**, las lenguas de fuego regeneradoras que descienden sobre los **Apóstoles**; pero es también la muerte, el infierno. Las llamas de **Satanás** que consumen y aniquilan. El *rojo sangre* es la sangre que **Cristo** derramó, la fuerza del **Salvador** que purifica y santifica; pero es también la carne mancillada, los *erfmenes* (de sangre), el pecado y las impurezas de los *ta-búes bíblicos*.



UN SISTEMA BASTANTE AMBIVALENTE

¡Todo es ambivalente en el mundo de los símbolos, y especialmente en el de los colores! Cada uno de ellos se desdobra en dos identidades contrapuestas. Lo sorprendente es que, en la larga duración, las dos caras tienden a confundirse.

Los cuadros que representan la escena del beso, por ejemplo, acostumbra a mostrar a **Judas** y a **Jesús** como dos personajes casi idénticos, con las mismas túnicas, los mismos colores, como si fuesen los dos polos de un imán. Lea usted el **Antiguo Testamento**: vera que el *rojo* está asociado tanto a la falta y a lo prohibido como al poder y al amor. La dualidad simbólica ya está activa.

EL ROJO SE IDENTIFICARÁ SOBRE TODO CON LOS SIGNOS DEL PODER.

En la **Roma Imperial**, el *rojo* que se fabrica con la sustancia colorante que segrega el *múrice*, un molusco raro que se recoge en el **Mediterráneo**, estaba reservado al emperador y a los jefes de la guerra. En la **Edad Media**, esta receta de la púrpura romana se había perdido (además, los yacimientos de *múrice* en las costas de **Palestina** y de **Egipto** se habían agotado), y se dedicaron al *quermes*, esos huevos de cochinillas que parasitan las hojas de algunos robles.

HABÍA QUE BUSCARLO

En efecto. Recogerlos era una tarea laboriosa y su fabricación muy costosa. Pero se conseguía un *rojo*

espléndido, luminoso, solido. Los señores siempre disponían, por lo tanto, de un color de lujo.

Los campesinos podían recurrir a la vulgar *granza*, que da un tono menos brillante. Poco importa si a simple vista no se distingue uno de otro; lo esencial está en el material y en el precio. ¡Socialmente, hay *rojos* y *rojos*! Además, para la mirada medieval, el brillo de un objeto (su aspecto mate o brillante)

prima sobre su coloración. Un *rojo franco* se percibirá como más próximo a un *azul luminoso* que a un *rojo desvaído*. Un *rojo* muy intenso es siempre una señal de potencia, tanto para los laicos como para los eclesiásticos.

A partir de los siglos XII y XIV, el **Papa**, hasta entonces consagrado al blanco, se viste de rojo. Y los cardenales harán otro tanto. Eso significa que tan magníficos

personajes están dispuestos a derramar su sangre por **Cristo**...

En ese mismo momento, en los cuadros el **Diablo** aparece pintado de *rojo*, y en las novelas suele haber un *Caballero felón y rojo*, con escudos de armas en las gualdrapas de su caballo, que desafía al héroe. Y esta ambivalencia se acepta muy bien.

Y LA CAPERUCITA ROJA, QUE TAMBIÉN SE AVENTURA POR LOS BOSQUES DE LA EDAD MEDIA, ¿ENTRA EN ESTE JUEGO DE SÍMBOLOS?

Desde luego. En todas las versiones del cuento (la más antigua se remonta al año 1000), la niña va de *rojo*. ¿Es porque se vestía a los niños de rojo para no perderlos de vista, como aseguran algunos historiadores, o porque, tal como afirman algunos textos antiguos, la historia transcurre el día de *Pentecostés* y en la fiesta del **Espíritu Santo**, cuyo color litúrgico es el rojo? Porque la niña iba a encontrarse en la cama con el lobo e iba a correr la sangre, ¿tesis que plantean los psicoanalistas?

Yo prefiero la explicación semiológica: una niña de *rojo* lleva un territo de manteca *blanca* a una abuela vestida de *negro*... Ahí tenemos los tres colores básicos del sistema antiguo.



Los encontramos en otros cuentos: **Blancanieves** recibe una manzana *roja* de una bruja *negra*.

El cuervo *negro* suelta su queso *blanco*, que atrapa un zorro *rojo*...

Es siempre el mismo código simbólico.

industria como tal de **Europa**, un negocio mayor.

NUESTRO ROJO, DESCARAMENTE INSOLENTÉ, NO GUSTÓ A LOS ENCOPEPADOS LÍDERES DE LA REFORMA

EN LA EDAD MEDIA, ESOS CÓDIGOS SE MANIFIESTAN A TRAVÉS DEL VESTUARIO Y DEL IMAGINARIO. EN LA VIDA COTIDIANA, ¡VAMOS!

¡Claro! Los códigos simbólicos tienen consecuencias muy prácticas. Tomemos los tintoreros: en la ciudad, algunos de ellos tienen una licencia para fabricar el *rojo* (con la autorización para teñir también en *amarillo* y en *blanco*); otros tienen una licencia para el *azul* (tienen derecho a teñir igualmente en *verde* y en *negro*).

En **Venecia**, **Milán** o **Núremberg**, los especialistas del *rojo granza* ni siquiera pueden trabajar con el *rojo quermes*. ¡Nadie sale de su color, ni pueden procesarte! Los del *rojo* y los del *azul* viven en calles separadas, aislados en los suburbios porque sus talleres lo apestan todo, y a menudo entran en violento conflicto y se acusan mutuamente de contaminar los ríos.

Hay que explicar que la textil era por aquel entonces la única

¡Y aun menos porque es el color de los *papistas*! A los reformistas protestantes el *rojo* les parecía inmoral. Se refieren a un pasaje del *Apocalipsis* en el que **San Juan** cuenta como la gran prostituta de **Babilonia** cabalgaba, vestida de *rojo*, encima de una bestia llegada del mar. Para **Lutero**, **Babilonia** es **Roma**. Por lo tanto. Hay que expulsar el *rojo* del templo y de las ropas de todo buen cristiano.

Esta *fuga* del *rojo* no dejó de tener consecuencias: a partir del siglo XVI, los hombres ya no se vestían de *rojo* (salvo los cardenales y los miembros de determinadas órdenes de caballería). En los medios católicos, las mujeres sí podían hacerlo.

Asistimos entonces a un curioso cambio de posiciones; en la *Edad Media* el *azul* era más bien femenino (por la **Virgen**) y el *rojo*, masculino (signo de poder y de la guerra); ahora, en cambio, las cosas se invierten y el *azul* se convierte en masculino (por ser más discreto), y el *rojo*, en femenino.

Conservamos algún rastro de ello: *azul* si él bebe es niño y *rosa* para las niñas... El *rojo* seguirá siendo también el color de la novia hasta el siglo XIX.

LA NOVIA VESTÍA DE ROJO!

¡Desde luego! Sobre todo entre los campesinos, es decir, la gran mayoría de la población de entonces porque el día de la boda, uno se pone sus mejores ropas, y una prenda bonita y rica es necesariamente *roja* (pues es este el color que mejor les sale a los tintoreros).

En este punto encontramos nuestra ambivalencia, pues durante mucho tiempo las prostitutas tenían la obligación de llevar una prenda de ropa *roja* para que en la calle las cosas estuviesen muy claras (por la misma razón, se colgaba una lámpara *roja* a la puerta de los burdeles). El *rojo* describe las dos vertientes del amor: lo divino y el pecado de la carne.

Al cabo de los siglos, el *rojo* de la prohibición también se impuso. Ya estaba en la ropa de los jueces y en los guantes y la capucha del verdugo, el que derrama la sangre. A partir del siglo XVII, un trapo *rojo* significara peligro.



**¿TIENE ALGUNA RELACIÓN
CON LA BANDERA ROJA DE
LOS COMUNISTAS EN
FRANCIA?**

En **Francia**, en octubre de 1789, la **Asamblea Constituyente** decretó que en caso de tumultos se colocaría una bandera *roja* en los cruces para señalar la prohibición de formar grupos y advertir que la fuerza pública podía intervenir. El 17 de julio de 1791, muchos parisinos se reunieron en el **Campo de**

Marte para exigir la destitución de Luis XVI, que acababa de ser detenido en **Varennes**. Como existía amenaza de motín, **Bailly**, el alcalde de **Paris**, ordenó izar a toda prisa una gran bandera *roja*. Pero los guardias nacionales dispararon sin aviso: hubo unos cincuenta muertos, que se convirtieron en mártires de la revolución.

Por una sorprendente inversión, esa famosa bandera *roja*, teñida con la sangre de esos mártires, se

convierte en el emblema del pueblo oprimido y de la revolución en marcha. Algún tiempo después, estuvo a punto de convertirse en la bandera de Francia.

En febrero de 1848, los insurrectos volvían a enarbolarla delante del **Ayuntamiento**. Hasta entonces la bandera tricolor se había convertido en símbolo de la Revolución (esos tres colores, al contrario de lo que se pretende, no eran una asociación del color real y los

colores de la ciudad de **Paris**, que en realidad eran el *rojo* y el *marrrón*, y que fueron recogidos por la *revolución americana*). Pero, en ese momento, la bandera tricolor estaba desacreditada, pues el rey **Luis Felipe** se la había apropiado. Uno de los manifestantes pidió que se hiciese de la bandera *roja*, *símbolo de la miseria del pueblo y señal de ruptura con el pasado*, el emblema oficial de la **Republica**. Fue **Lamartine**, miembro del gobierno provisional, quien salvo nuestros tres colores: *La bandera roja — clamó— es un pabellón de terror que solo ha dado la vuelta al **Campo de Marte**, mientras que la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo; ¡con el nombre, la gloria y la libertad de la patria!*. La bandera *roja* tendría, pese a todo, un buen porvenir.

La **Rusia soviética** la adoptó en 1918 y la **China comunista**, en 1949...

Hemos conservado algún resto divertido de esta historia: en el ejército, cuando se dobla la bandera francesa después de arriar los colores, es costumbre esconder la banda *roja* para que ya no se vea. Como si hubiese que protegerse del viejo demonio revolucionario.

**ESO SIGNIFICA QUE
SEGUIMOS OBEDECIENDO
AL ANTIGUO SIMBOLISMO.**

En el terreno de los símbolos, no hay nada que llegue a desaparecer del todo. El *rojo* del poder y de la aristocracia (al menos en Occidente, pues en las culturas asiáticas el que domina es el *amarillo*) se ha mantenido siglo tras siglo, al igual que el *rojo*, revolucionario y proletario.

Entre nosotros, además, el *rojo* es siempre señal de fiesta, Navidad, lujo, espectáculo: los teatros y las óperas suelen decorarse con rojo. En nuestro vocabulario existen numerosas expresiones (*rojo de rabia*, *verlo todo rojo sangre*, *colorado como un tomate o ponerse rojo*, *estar algo al rojo vivo*) que recuerdan los viejos símbolos. Y el *rojo* suele asociarse al erotismo y a la pasión.

**PERO EN NUESTRA VIDA
COTIDIANA TIENE UNA
PRESENCIA DISCRETA.**

Cuanto más ha avanzado el *azul* en nuestro entorno, más ha retrocedido el *rojo*. Los objetos que solemos usar rara vez son *rojos*. No nos imaginamos un ordenador de color *rojo*, por ejemplo (no queda serio), ni una nevera (tendríamos

la impresión de que calienta). Pero el simbolismo ha perdurado y así las señales de prohibición, los semáforos *rojos*, el teléfono *rojo*, la alerta *roja*, la tarjeta *roja*, la Cruz *Roja* (en **Italia**, por ejemplo, las cruces de las farmacias también son *rojas*...). Todo esto deriva de la misma historia, la del fuego y la sangre...

Te contaré una anécdota personal. Recién casado, me compré un coche de segunda mano: era un modelo para un padre de familia, ¡pero *rojo*! No hace falta añadir que el color y el coche no iban bien juntos. Nadie se lo había querido quedar, ni los conductores sensatos, a quienes les parecía demasiado transgresor, ni los amantes de la velocidad, que lo encontraban demasiado moderado. Así que me hicieron una buena rebaja.

Pero mi coche tuvo una vida muy corta: la reja de un parking cayó encima de la capota y me lo dejó totalmente aplastado. Me dije que los símbolos tengan razón: ¡era de verdad un coche peligroso!

Extraído de "BREVE HISTORIA DE LOS COLORES". Título original: Le petit livre des couleurs. Publicado en francés. en 2005, por Editions du Panama, Paris Traducción de María Josp Furid / ISBN- 13: 978-84-493-1947-1